

ABEJA ESPAÑOLA

NUM. 317. *Domingo, 25 de Julio.* 5 qtos.

CÓRTESES.

El Congreso nacional que va á concluir sus tareas, y á dar lugar á las Córtes constitucionales y puramente legislativas, nada tiene que hacer mas conforme á sus miras y á las necesidades de la nacion, que solidar las bases de la felicidad pública, que ha puesto en la Constitucion de la monarquía que ha dado al pueblo español. Como este sagrado depósito esté, en quanto permitan los tiempos y los hombres, seguro de los ataques de la parcialidad y de los intereses privados, la obra de la regeneracion es acabada, y los obstáculos irán cediendo á medida que la experiencia ilustre y los habitos se vayan formando.

El dolor es que este bien que arrastra tras sí todos los que una so-

ciudad puede esperar despues de sus leyes y de su gobierno, lo vemos alguna vez expuesto en las manos mismas que lo preparán, y acaso por muchos de sus mismos autores. No nos es dado entrar en la justicia del Congreso, quando deliberando decide; ni ménos la opinion particular de un ciudadano podria nunca formar una regla, á que se hubieran despues de acomodar los decretos del Congreso. Pero la publicidad de las sesiones, unida á la libertad, que cada uno tiene de hacer uso de su razon, nos ha querido llevar á juzgar estos últimos dias sobre asuntos que habia esclarecido la discusion, é interesado sobremanera la opinion pública. El Congreso no decidió por la parte que la opinion habia con anticipacion decidido; y aunque no sea ni pueda ser nunca un reparo; que se contradigan estas dos opiniones, quando se trata de Constitucion, y de su observancia; el celo del público se inflama, y la seguridad nacional,

entregada toda á la escrupulosa observancia de nuestro nuevo pacto, empena la atencion á que, viendo las cosas por todos sus contornos, se tema siempre no sea que el espíritu de partido, de corporacion, ó el de despique, comprometan alguna vez la libertad y el sosiego, y se malogren los presagios mas lisonjeros de felicidad.

Todo lo que el público desea y puede desear, es que se le cumplan los anuncios que tanto se le repiten, de que su libertad está decretada; y pasada la borrasca revolucionaria, que ya es preciso correr para ser libres, lo demas lo deben hacer despues las leyes y la Constitucion. Si en medio de unos pronósticos tan alegres y tan decisivos ve que esta Constitucion está en el Congreso mismo sufriendo embates peligrosísimos; si citada solemnemente ante el público que la venera, y citada de un modo terminante, y que no dexa lugar á interpretaciones, sin embargo, siente en su razon misma que

se le desayra , y que sus autores no están acaso tan acordes como el público sobre su rigurosa observancia; y que en los acaloramientos que excita la discusion , la Constitucion anda de boca en boca , y muchas veces en sentidos contrarios; este pueblo entónce fiel á sus instituciones, amante de su observancia , lleno de entusiasmo por sus principios , y celoso hasta el extremo porque no pierda nada de su influxo , se toma la libertad de juzgar por sí de las decisiones, y desconfiado siempre de que obre como debia, la fria razon y la imparcialidad, le parece á cada paso que le arrebatan este bien, y que ha de volver otra vez á ser esclavo. El Congreso debe asegurarnos por todos los medios contra estas funestas sospechas que enagenan los corazones de los Españoles; debe emplear los pocos dias que le quedan en consolidar esta carta, que ha de ser como su testimonio ó última voluntad ántes de disolverse, y no perder momento,

ni oportunidad para apartar de nosotros todo lo que nos puede llevar á recelar partidos, despiques, y parcialidad de interes ó de corporacion.

PARTIDOS.

No hay partidos ni los puede haber donde exísta una fuerza preponderante que los quiera disipar. Las fermentaciones políticas que excitan las mejoras, ocasionan los partidos porque dan lugar al choque de los intereses ; y los partidos producen la obstinacion. La mala fe ocupa el lugar del interes público , y ya entónces la verdad huye de las discusiones, sin que quede absolutamente mas arbitrio que la fuerza. Si esta queda como en Francia, en las manos de un Napoleon , no hay ya mas libertad para el pueblo ; pero si como en los estados-unidos de América , queda en las de un VVashington, el pueblo ha recuperado para siempre su liberrad. La fuerza

tiene necesariamente que obrar en todas las revoluciones. Los intereses particulares, en una pugna recíproca, no ceden á otra razon, que á la que vaya unida á la fuerza. Todo el tiempo, que cada uno de ellos considera, que por aburrimiento, ó por oposicion, pueden dexar de contradecirlos; empeñan todo su furor en mantenerse. Este frenesí de los unos, y esta esperanza de conseguir perpetuar su posesion, empeña al interes de los otros. Una lucha tanto mas sangrienta, quanto son mas grandes los intereses que se disputan, tiene lugar en la sociedad, que es víctima cierta de tan peligrosísimo contraste, si una mano firme y poderosa, como la del gobierno, no disipa absolutamente las esperanzas de los obstinados. Entónces, todo entra en el órden, por el mismo principio de egoismo é interes, que lo tenia todo desordenado. Nadie, delante de la fuerza legal, ve otro medio de vivir en paz y seguridad, que el de la sumision.

Todo el interes está entónces en obedecer, y convenirse, para sacar el mejor partido posible de las reformas. Detras de esta sumision, forzada, digámoslo así, se va engendrando la voluntaria y saludable, y el tiempo la labra poco á poco, sin que el gobierno se afane demasiado para establecerla. Así se va formando una nacion nueva, del modo que se forma un hombre, que crece, y se fortifica insensiblemente, y sin que el ojo mas atento lo advierta por mas que lo observe.

Todas las naciones, que se han visto en el caso actual de la España, corroboran esta asercion. Ha habido sus debates, sus choques de intereses, sus partidos, su obstinacion; pero esto ha durado solo mientras han podido unos y otros alimentar con su empeño la esperanza del triunfo. Luego que un partido, un general, ó un gobierno legal ha dado la señal de paz *con la espada*, y con la *fuerza*, los partidos se han convenido, y la buena

causa, ó las miras del que ha tenido y exercido el poder, se han realizado. No se dice que las opiniones se abatan con la fuerza; puede haber diversas opiniones, sin que haya diversos partidos. Las opiniones propias, por mas que se amen por los que las tienen, no se vician por la parcialidad, sino quando se complotan, y producen la obstinacion. Para estas solas debe obrar la fuerza, las otras no son peligrosas, aun quando sean contrarias á los establecimientos. Cada uno es libre en opinar; pero está obligado á someterse en la práctica á la opinion, ó mejor dicho, á la *razon* de la ley. La opinion que no impide esta legal sumision, no es del resorte de la ley, ni la fuerza del gobierno tiene nada que ver con ella. Cede al tiempo, al desengaño, ó se aísla en la sociedad sin peligro ni utilidad.

Cádiz. Imprenta Patriótica. 1813.

A cargo de D. B. Verges.